

PROLOGO

Amable lector:

Si tú estás en la zona geográfica del escenario de este libro, te parecerá una historia de hace varios años y si tú estás fuera de ella, te parecerá una novela por su aporte de fantasía, pues, de ambas tendencias participa este libro, que trasunta el embrujo sugerente de un elegante devaneo de ocho meses a través del noroeste boliviano.

El encanto irresistible de una linda mujer, la intención galante de un amigo leprologo que ya ha fallecido y el cumplimiento de una promesa de amor de aquel tiempo, han hecho que vaya a la circulación pública con la misma emocionalidad con que fué escrito.

Nació durante una inspección sanitaria de Trinidad, capital del departamento del Beni a Cobija, capital de Pando (Bolivia), en calidad de simple ensayo y para ser conocido por un núcleo íntimo de antiguos y buenos amigos, algunos de los cuales han leído fragmentariamente hace más de doce años y han insistido en su publicación.

En la primavera de 1941 y en gratísima compañía a bordo del Grether, barco mercante de la firma alemana Zeller Mozer, que surcaba las aguas tranquilas del Mamoré, bajo un plenilunio esplendoroso, perfumado por el hábito fragante de los bosques tropicales y al son de un ban-

II

doneón melancólico que lanzaba al aire una melodía de un tango triston, algo así como un largo gemido, surgió la idea de escribir este libro, que las circunstancias, el ambiente y las preocupaciones del momento, ponen de actualidad.

Escrito lejos de la impetuosidad juvenil sin más pretensión que el propio deleite, no tiene el romanticismo vibrante de los veinte años; pero sí, una apacible seriedad, salpicada de realidades en la lenta procesión del tiempo.

LA PROGENIE DE LAZARO, se llama este libro evocativo del zaraath terrorífico de la Biblia, del dolor indecible de vivir que tienen los leprosos y de la tragedia de un leprocomio, donde los hansenianos considerados como los parias de la patología, arrastran su vida de sufrimientos y de esperanzas, aislados del resto de los hombres, proscritos de la sociedad y segregados de sus familias, siguiendo el camino lento, pero seguro, hacia la muerte y el olvido.

La lepra es una de las dermopatías más horrosas, por ser una enfermedad deformante. Es un castigo de la belleza física. Presenta múltiples lesiones tróficas y mutilantes. Por la incubación prolongada de su germen, por el desconocimiento que todavía existe en el mecanismo de contagio, por su larga duración y su discutible curabilidad, continúa sobre la especie humana como una desgracia, como una dolencia pavorosa, cual lo fuera miles de años antes de Jesucristo.

Conocida desde los tiempos legendarios de Burma, es registrada esporádicamente por todos los países del mundo, constituyendo en algunos de ellos un serio problema de salubridad. Los cinco Continentes ostentan en sus estadísticas millares de leprosos.

Para anunciar su repulsiva aproximación en los cam-

III

pos, llevaban los propios enfermos al cuello una campanilla de alarma o una matraca en las manos.

Por el año 1.200, cuando abundaban los lazarinos en Inglaterra, era costumbre la misa del leproso, ceremonia que los separaba para siempre del mundo y perdían esposa, hijos y todos los derechos. Asistían a su propio funeral para ser abandonados ante una tumba abierta. De aquellos tiempos data la abnegación heroica de Santa Isabel de Hungría, que tenía pasión por "les malades de Dieu" como se los llamaba por entonces en Francia.

Actualmente los grandes reductos en el Asia son: China, India y el Japón. A la América, importaron los conquistadores europeos y más tarde enriquecieron este aporte los barcos negreros. Brasil y Colombia, constituyen focos respetables en la América del Sur, siendo Chile, el país menos infectado.

Los leprosarios, leproserías, leprocomios, colonias o estaciones leprosas más importantes del mundo son: la de Culió en la isla del mismo nombre, situada a 180 millas al sur de Manila en el mar de la China; la colonia siamesa en Chiengmai; la estación leprosa de la bahía de Suva en las islas Fiji; la de Kalaupapa en la isla de Mofokei del archipiélago de Hawai en la Oceanía, que nos recuerda al padre Damián, sacerdote belga que consagró su vida al cuidado de los leprosos, hasta contraer y morir de esa enfermedad.

El leprosario de Carville en Louisiana de los Estados Unidos, atendido por las Hermanas de Caridad de San Vicente de Paul; la leprosería de Itagnenga en Sau Paulo del Brasil que es una de las mejores en su género. Finalmente el Sanatorio Colonia Baldomero Sommer, antiguo Sanatorio

IV

General Rodríguez de la provincia de Buenos Aires, que ha cambiado de nombre en homenaje a la obra médico-social de uno de los valores positivos de la ciencia argentina Profesor Sommer.

En Bolivia, el leprosario de La Soledad, se halla situado imaginariamente en la isla San Silvestre del río Mamoré. Esta isla, la primera de un pequeño archipiélago, tiene la configuración de un corazón entre dos brazos del río, y es un cálido hogar, un verdadero corazón, un regazo maternal para el dolor y la miseria moral de aquellos enfermos. Está geográficamente muy cerca del puerto de Guayaramerim, allí donde el río admirable y silencioso como indiferente al dolor humano, se desliza majestuosamente con un suave rumor de olas, mientras la vegetación exuberante en gesto de perenne oblación, exhala su perfume tropical como un gran pebetero al infinito.

En aquella colonia agrícola, las horas pasan monótonas y desesperantes. Los descendientes del pobre leproso de la Biblia para tonificar su espíritu, se aferran a la esperanza, al futuro de las investigaciones y al mañana de la ciencia.

Más de ocho millones de hombres que sufren en el mundo el "mai pake" (mal chino) de los hawaianos; invocan al genial noruego para curar el mal de Hansen, *hanse-nosis* o *globiosis* como se acostumbra llamar por eufemismo, en reemplazo de la palabra lepra, cuya sola fonética, despierta el pánico y el escalofrío de terror de las épocas medievales.
